

De la Facultad

VIAJE DE FIN DE CARRERA 1956

Será un defecto lamentable, pero no tengo la costumbre de anotar diariamente lo que hago, lo que pienso y lo que siento. Al recordar el viaje fin de carrera 1956, me faltan fechas, datos precisos y malos recuerdos.

Fue allá por los meses de verano; hubo un barco que nos llevó a Málaga: mariscos, un gran paseo de palmeras, mulos con sombreritos y golondrinas chillonas. El tren: negruras de túneles y de carbonilla. ¡Madrid! Días agradables que no podremos olvidar.

Viajes a El Escorial y Valle de los Caídos, y en la mente de todos un nombre lleno de candilejas: París.

Un día todos a la estación del Norte... ¡Se cumplía la predicción de una gitanal

El que sienta la curiosidad por saber la forma en que los hombres combinan los detalles prácticos con los aspectos ideales de la vida, sepa que en Madrid tuvimos que hacer, ni más ni menos que otros cursos, los trámites burocráticos. Total «material y prosaico... ¡Bobería!».

El tren: vía Irún, Hendaya, París.



Los universitarios de Canarias
sobre y bajo los puentes del
Sena



Arriba, de izquierda a derecha, Antonio Medina, María del Carmen Pérez, Roberto Roldán, Olga Martín y Felisa Espinosa; abajo, además, Gerardo Morales, a la derecha



Junto a la estatua de Leopoldo II,
en Bruselas



Frente a la Torre del Oro, en Sevilla

Los ojos bien abiertos hasta sentir la fatiga física, el corazón dando saltos de alegría y la imaginación revuelta.

Atardecía. Los Pirineos a la vista; el pasillo lleno de gente; en frente, riscos verticales, enorme rocas oscuras sostenidas por milagro; una ladera cubierta de árboles; verde y rojo; allá en el fondo unas casitas.

Era de noche y atravesamos Francia; el tren «no volaba», que corría. Monotonía, silbatos, estaciones, paradas breves, luces de ciudades y ¿fue en Burdeos? —no lo recuerdo— una catedral iluminada se reflejaba en el río.

A la mañana siguiente llegamos a París. ¿Primera impresión? ¡Asombro! Una estación ferroviaria interminable, railes y más railes, vagones estacionados, algún tren que pasa, pero, ¿dónde estaba París? La estación tuvo fin y Roberto Roldán, nuestro intérprete y compañero, nos dijo que aquello era París; sin su presencia hubiera sido Babel.

Cuando me dio la noticia no sentí frío; me limité a mirarlo, abrir la boca y murmurar: ¡Ah! ¿Sí? ¡Por Dios, cuánta hambre tenía!

Caímos en una residencia de estudiantes en el Barrio Latino: cinco pisos, gran confort. Que había otros estudiantes pudimos comprobarlo en la *salle à manger* de ambiente cosmopolita: señores y señoras respetables, muchachos y muchachas que no hablaban español, japoneses, negros, indios, un dibujante bohemio, y un colegio alemán que ocupaba quilómetros de mesa rectangular.

Patrullamos calles y más calles. Ante la amplitud de París nos sentimos sobrecogidos; manzanas de casas uniformes y grises, bulevares para todas las exigencias, jardines a los que nos cansamos de buscarles fin, franceses amables que al «Monsieur, s'il vous plait, où est...?» contestaban con paciencia y detalle. Hasta se dio el caso de un grupo de turistas que nos hizo la misma pregunta, y con orgullo de servir de guía a los «inexpertos» marchamos a la cabeza.

Vimos calles estrechas, tranquilas; otras amplias, cuyo intenso movimiento brillaba a la luz del sol. Atravesar las vías principales es un problema; al principio alguno emprendió veloz carrera con el mismo ardor de unas competiciones olímpicas; pero en París, donde no se oye un bocinazo, los autos ceden el paso al peatón

invitándole cortesmente: «Pase usted». «De ninguna manera, usted primero», dice el desconfiado. «Por favor usted primero». Y el transeúnte cruza satisfecho de que la educación marche tan bien. Pero todo tiene sus límites y la educación también.

Un muchacho italiano al preguntarle por *Le Moulin Rouge* quiso acompañarnos, y al ver que algunos de nosotros dudábamos cruzar una calle de mucho tráfico nos dijo entre risas: «No, aquí ustedes la preferencia».

Intento hacer memoria de los lugares visitados por nosotros en aquellos felices días; me es imposible recordarlo todo y decirlo todo. París de día: algo que sale en todas las postales: el Arco del Triunfo. Algo que visitan todos los turistas: *Nôtre Dame*, el Panteón, Campos Elíseos, vida agitada, cafés y comercios numerosos (por cierto que Olga y Gerardo, a fuerza de visitar uno, llegaron a sentirse como en su propia casa: nada más entrar, les decían *Canaries!*), Museo del Louvre: trayecto de bellas perspectivas realzadas al atravesar el arco del Carrousel. Para subir de las salas de pintura a las de escultura tuvimos que pedirle permiso a la Venus de Milo, siempre rodeada de extasiados admiradores. Otra dama que tenía las preferencias del público era la Gioconda. Inútil es decir que no lo vimos todo; con los pies doloridos atravesamos la calle, entramos en un bar; se televisaba la vuelta ciclista a Francia y el refresco era bueno. Torre Eiffel: portentosa, totalmente inesperada a pesar de las fotografías y de los documentales vistos; se habían cerrado las horas de visita, y abajo, como gusanos con la cabeza levantada al cielo, estábamos nosotros; vimos hormiguar gente en toda la torre; no levantamos clamores al cielo, porque aquello no era una tragedia griega sino muy del siglo XX, y los métodos son otros.

El Museo de Grévin: ¡tiene que estar entre las maravillas del mundo!

Se aproximaba la hora de cenar y emprendimos el regreso, alegres y parloteros; de pronto un alto en el camino. «Por favor, 20 francos», pedía angustiada una chica del grupo. «¿Qué pasa? ¿Qué museo quieres ver ahora?» «¡Qué museo ni qué nadal! Es al lavabo donde quiero entrar... y no me han dejado sin pagar 20 francos...» «¡Ah, toma, toma!»

París de noche tal como nosotros lo vimos: juegos de luces, anuncios de cabarés y salas de fiestas; gente en las terrazas; música en los bulevares; puestos de modestos vendedores en las aceras, y, como recuerdo especial (digo especial porque si no lo hicieron en nuestro honor no me lo explico), en un cabaret cantaron en español: *Me lo dijo Adela, La espinita*, etc., y bailaron unos aires españoles: trajes de lunares y volantes, castañuelas, taconeó, guitarra, y una furia de «gitano» hizo las delicias del baile. «Olé, olé y viva tu mare!», hubiéramos gritado con gusto.

Una noche subimos a la colina de Montmatre, a la Basílica del Sacré Cœur; gratuitamente pudimos disfrutar de la vista de París de noche.

Un día en Bruselas.—Después de París, no nos sorprendió. Buen humor, alegría y anécdotas divertidas.

Una lista de nombres que evoca en nosotros momentos agradables es: Parque de Luxemburgo; Palacio Real; una calle de ambiente cosmopolita, con muchísimas casas de cambio; Plaza Mayor, rodeada de edificios maravillosos: aquí el «si non lo veo, decir non lo sabría» desgraciadamente no se cumple; lo vi —sé que había oro y piedra— y no lo puedo decir.

Muchas iglesias visitamos y muchas vimos al pasar. Da la impresión de que tantas cúpulas y agujas, tanto edificio artístico no pueden ser obra humana. A última hora encontramos una feria; nos unimos a la muchedumbre y ¡a disfrutar en francés!

De nuevo París y regreso a la patria. Hendaya, Irún, Madrid. Sevilla: un alto de dos días; plazas, callejones, patios y, ¿cómo no?, la Giralda, Guadalquivir y Parque de María Luisa. Cádiz: espera del barco que nos traería a las Islas; la residencia, llena de extranjeros; comodidad y ambiente que nos recordaban aquella otra de París.

Materia y encanto suficiente para muchos trabajos de redacción hay en nuestro viaje por la Península; si he preferido el extranjero es por la especial oportunidad, por significar un anhelo universal, por ser menos conocido.

M^a del Carmen PÉREZ GONZÁLEZ